

No queda satisfecho el corazón de la afligida Madre con la escena de la calle la de Amargura. Al ver á su querido Jesús en tan triste estado, semejante á la estrella de la tarde, según la expresión de mi Padre San Bernardo, semejante á la estrella de la tarde, que no separa su vista del sol, ha resuelto no abandonarlo un instante. Atraviesa las calles de Jerusalén, detrás de aquella horrorosa procesion, y siguiendo las huellas ensangrentadas de su amado, sube también al monte santo y allí contempla la crucifixion del Salvador. Allí vé todo el furor de los verdugos inhumanos, que preparan los instrumentos del martirio, que corren de una á otra parte llenos de alegría, interin se acercan los momentos terribles. Allí vé todo el horror de tan cruel sacrificio, que jamás habian visto sus ojos, ni su entendimiento concebido; contempla las congojas de Jesús agonizante, y le vé, al fin, morir entre dos ladrones en el patíbulo más infame.

¡Y qué tierna es esta materia, mis amados! ¡Quién podrá pintar dignamente el dolor de la afligida María en aquellos momentos de amargura y de horror! Ángeles santos, que contemplais desde el cielo á vuestra Reina y Señora junto á la Cruz del Salvador, comunicadme vuestro espíritu; haced que pueda concebir y expresar el dolor de esa tierna Madre. Señores, nunca mejor que en este día pudiera invocar desde el caudillo de Israel en el desierto, cuando imponia silencio al cielo y á la tierra para que escu-

charan las palabras de su boca, hasta el triste y solitario Jeremías, sentado sobre las ruinas de Jerusalén, llorando inconsolable las desgracias de la ciudad santa. Nunca mejor que en este día pudiera invocar hasta los seres insensibles, y poner en movimiento á la naturaleza entera para trazar el horroroso cuadro que nos presenta el Calvario. Empero yo aspiro sólo á vuestra mayor utilidad y edificacion, despreciando en su obsequio los vanos adornos de la ciencia mundana.

Voy, pues, á recordaros el dolor, imposible de concebir y menos expresar, de la afligida María cuando contempla la crucifixion del Salvador; y en el destrozo que han hecho en su sagrado cuerpo los tormentos y la crueldad de los judíos, se representan los estragos del pecado, y muy principalmente los males que causan los malos libros, que es el pecado de este siglo. Por eso exclama á su eterno Padre con las palabras citadas del profeta: «Sobre mí, etc.»—  
AVE MARÍA.



*Super me confirmatus est  
furor tuus, et omnes fluctus  
tuus induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

Nada hay, señores, que pueda satisfacer el corazón humano. Insaciable en sus deseos infinitos, ni el placer ni la venganza le llenan y tranquilizan. Más inhumano, más cruel que las fieras de los abrasados desiertos de la Nubia, él se complace en verse teñido en sangre, y no respira otra cosa que muerte y exterminio; una prueba, las repetidas escenas de horror que vamos contemplando en estos días. Ayer atravesaba el divino Salvador la calle de la Amargura, cargado con una Cruz y agobiado bajo su peso enorme, y este cuadro tiernísimo, lejos de conmovér á aquel ingrato pueblo, excita más y más su rabia y su fiereza. ¡Oh crueldad sin término de los judíos! Mi espíritu, señores, se confunde, se abisma en ese mar inmenso de horrores, y yo os confieso que no acierto á pintaros el doloroso misterio de este día. Sigamos los pasos de esta afligida Madre.

Aquella horrible procesion que vimos salir ayer del pretorio ha llegado ya sobre la cima del Gólgota, lugar destinado para el suplicio de los malhechores. La más estúpida alegría se pinta ya en el rostro de

todos, que miran próximo el momento de saciar su rabia y su fiereza. Allí sueltan todos los objetos de horror que habian conducido desde la ciudad, disputándose el honor de cuál fuera más cruel; corren llenos de alegría de una á otra parte, y se embarazan en su misma precipitacion, y preparan cuanto era necesario para el horroroso sacrificio. Entretanto la tierna Madre de Jesus, que habia subido tambien al Calvario, penetra impávida por entre aquella multitud inmensa, agitada como un borrascoso mar, y se fija inmóvil junto al amado de sus entrañas que, sentado, lleno de abatimiento sobre una piedra, y rodeado de una chusma impía que le insulta, espera el momento del martirio.

Una tumultuosa oleada de aquellos malvados se acercan al Salvador y le arrancan con ímpetu sus vestiduras, llevándose tras sí á pedazos su carne santísima. Y entonces la afligida María, viendo á su querido Jesus desnudo, lleno de rubor en medio de un inmenso pueblo, se arroja impávida por entre la multitud, y arrancando el velo con que cubria su rostro, segun costumbre de las mujeres hebreas, envuelve con él el cuerpo sacrosanto del Redentor. En seguida dáse principio al cruel sacrificio.

Tres modos de crucificar á los malhechores habia inventado la bárbara crueldad de los romanos. El primero era el que comunmente se refiere: tendian la cruz en el suelo, y extendiendo sobre ella al miserable reo, clavaban sus piés y sus manos y, levantando



la cruz con la ayuda de poleas y escalas llevadas al efecto, la fijaban y aseguraban en el hueco de una piedra, quedando así á la vista de todos. De otro modo: clavaban sólo las manos y, levantando unos al reo y otros la cruz, la fijaban sobre el hueco de la piedra, y concluían clavando los piés á su natural peso, elevado ya á la vista de todos. El tercer modo, que con más frecuencia usaban los romanos, era todavía más cruel y de mayor ignominia. Ya tenían de antemano elevada la cruz en el lugar del suplicio; ponían al reo de pié sobre un tablado construido á propósito, atado para que no cayese y con la ayuda de cuerdas y escalas, lo elevaban á la altura de la cruz, y á la vista de todo el pueblo ejecutaban el bárbaro sacrificio de la crucifixion. De este modo parece sería crucificado el Salvador, segun el sentir de algunos Padres antiguos, puesto que era el más ignominioso. Pero ¡qué ideas tan tristes, mis amados! ¡Admira y horroriza la bárbara crueldad de los romanos! ¡Apenas puede creerse tamaña fiereza, de que no tenemos ejemplo ni aun entre los salvajes errantes del desierto! Pues esta escena es la que presencia la afligida María.

Ella ha penetrado hasta la misma Cruz, y vé que extienden la una mano de su amado Jesus, y que levantan los martillos para clavarla; pero al golpe primero queda como embargada y fuera de sus sentidos. Los verdugos inhumanos continúan entretanto, con alegría y algazara, el sacrificio; y María, al volver

en sí, mira ya al amado de sus entrañas crucificado, que, levantando sus ojos al cielo, exclama enternecido: «¡Padre mio Santísimo, héme aquí humillado como ha sido vuestra voluntad y sacrificado víctima por la salud del mundo! ¡Aceptad mi sacrificio y borrad los pecados de los hombres, aun los de esos inhumanos verdugos que no saben lo que se hacen!...» Y entonces, señores, nuestra tierna Madre une su corazón y sus afectos á los de Jesus, y se ofrece también al eterno Padre con voluntad resignada.

Pero acerquémonos más, mis amados, al último espectáculo del dolor; acerquémonos á recoger el postrer suspiro del Salvador moribundo!

Se extienden las tinieblas por todo el universo... la tierra tiembla... el velo del templo se rasga con ímpetu violento... vacilan los elementos... la naturaleza toda se turba... alégrase Jerusalem... se complace la sinagoga... y enmedio de tanto horror una voz grande sale de la Cruz. Voz expresiva, sonora y terrible, que jamás había sido oída en toda la dilatada carrera de los siglos. Voz pronunciada por el Verbo del Padre, que llenó de asombro al cielo y á la tierra... *Consumatum est*... Y un silencio pavoroso se extiende sobre la cima del Calvario... era el silencio de la muerte... Jesus acaba de espirar... Y ¿á dónde estás, desconsolada María? ¡Angeles santos... espíritus sublimes de Isaías y de Jeremías... sombras tenebrosas... pavorosas imágenes... venid y apoderaos de mi imaginacion... para que pueda yo bosquejar